

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 60 - DICIEMBRE 1997

Director (E)

Jorge Mantilla Jarrín

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Fernando Checa Montúfar

Lucía Lemos

Nelson Dávila Villagómez

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Víctor Hugo Olalla,
Universidad Central del Ecuador.

Mario Jaramillo,

Ministro de Educación y Cultura

Abelardo Posso,

Min. Relaciones Exteriores.

León Roldós, Universidad de Guayaquil.

Carlos María Ocampos, OEA

Consuelo Feraud, UNESCO.

Carlos Ayala, FENAPE.

Héctor Espín, UNP.

Tulio Muñoz, AER.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Corrección de Estilo

Manuel Mesa

Magdalena Zambrano

Portada y contraportada

Miguel Betancourt

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL.

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Tel. 506 149 544-624.

Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de Chasqui. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a Chasqui

NOTA A LOS LECTORES

“A gréguele un poquito más de glóbulos rojos” fue la sugerencia, casi orden, de un director al cronista policial de su diario. Y es que en medios donde la información no es un bien social, sino una mercancía, el tratamiento morboso y espectacular de la violencia degenera en un “periodismo de las morgues que lucra del morbo mortuario”, pero que también incrementa lectores, *rating* y, consecuentemente, el ingreso por publicidad (los anunciantes no son inocentes en este negocio, fenómeno mediático que ha determinado que en algunos países, como Ecuador, los diarios y espacios televisivos sensacionalistas ocupen los primeros lugares en la preferencia del público). Este tipo de periodismo, a través de sus valores-noticia y su estilo, refuerza estereotipos machistas y racistas: es casi un delito ser mujer, joven u homosexual, mucho peor si, además, se es pobre, negro o indio.

Pero, ¿será que el público necesita de este periodismo para exorcizar, de alguna manera, su drama personal y familiar?, ¿será que el famoso “gusto del público”, argumento utilizado por algunos directores de medios, es aceptable para justificarlo? El “gusto del público” no es más que un artificio no válido, pues han sido los mismos medios los que han configurado ese gusto y, por eso mismo, se puede construir otro tipo de estética como ya lo han hecho algunos espacios y medios en nuestra región. En este sentido, el periodismo policiaco “debe -dice Rubem Fonseca- mostrar los diversos mecanismos a través de los cuales se muestra una sociedad que parece marchar hacia su desintegración. La corrupción administrativa, el tráfico de estupefacientes, la plutocracia, son los hilos que atrapan a la sociedad como en una tela de araña, y que hay que desenmascararlos”. Con **Crónica roja: espectáculo y negocio** esperamos fortalecer una práctica de periodismo judicial o de sucesos (lo de crónica roja es un convencionalismo discutible) que más que centrarse en los hechos (como espectáculo y negocio) se centre en los procesos que están detrás de la violencia y la corrupción, de una manera responsable y creativa.

Más que de divulgación o de popularización de la ciencia, algunos autores prefieren hablar de “alfabetización científica”, “entendimiento o conocimiento público de la ciencia” o “cultura científica”. En cualquier caso es evidente la importancia que la divulgación científica tiene actualmente, más aún si consideramos que ella tiene un atraso con respecto al avance científico y que hay un desfase entre la gente común y la comunidad científica. Ya Einstein destacó esa importancia: “... Si los conocimientos científicos se limitan a un pequeño grupo de hombres, se debilita la mentalidad filosófica de un pueblo, que camina así hacia su empobrecimiento espiritual”. Y aunque algunos científicos creen que no puede haber popularización de la ciencia sin menoscabo de lo sustancial, hay otros que no solo han creído que ello es posible, sino que lo han hecho de una manera brillante: el mismo Einstein, Adam Smith, Max Plank, Darwin, Julián Huxley... Con **Divulgación y divulgadores de la ciencia**, Chasqui retoma (ya lo hizo en su edición 55) este tema y, a propósito, rinde un homenaje a grandes divulgadores, lamentablemente ya fallecidos: Carl Sagan, además de divulgador, profundo crítico social; Isaac Asimov, creador de mundos y de una prolífica obra (cerca de 500 libros publicados); Jacques Cousteau explorador y “cineasta de TV” como a él le gustaba llamarse, y Aristides Bastidas, luz (aunque ciego los últimos años de su intensa vida) e impulsor del periodismo científico iberoamericano.

e fecha
Fernando Checa Montúfar
Editor

CRONICA ROJA: ESPECTACULO Y NEGOCIO



En medios donde la información es una mercancía, y no un bien social, la crónica roja degenera en productos abyectos, lo cual, muchas veces, implica un incremento de las ventas y el rating ¿Por qué?

- 4 De la crónica roja al morbo mediático
José Sánchez-Parga
- 8 Violencia, discurso y género
Pilar Núñez, María F. Noboa
- 12 Crónica roja: ni blanco ni negro
Orlando Pérez
- 16 Jóvenes y medios: la construcción del enemigo
Rossana Reguillo
- 20 La sangre como espectáculo
Rubén Darío Buitrón

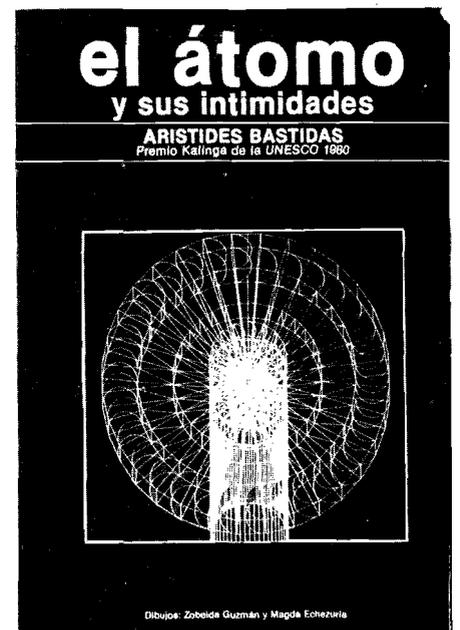


- 24 Colombia: encrucijada de violencia sin color
Jorge Cardona Alzate
- 29 México: una construcción de verdad en la crónica policial
Sarah Corona Berkin
- 33 Brasil: TV, ficción, realidad, verosimilitud
Elizabeth Rondelli
- 46 Isaac Asimov, creador de mundos
Alexis Schlachter
- 48 Cousteau regresa al mundo del silencio
Manuel Calvo H.
- 50 Arístides Bastidas: Pionero del Periodismo Científico en Venezuela
CPCV
- 53 Los científicos y los viajes espaciales
Peter Schenkel

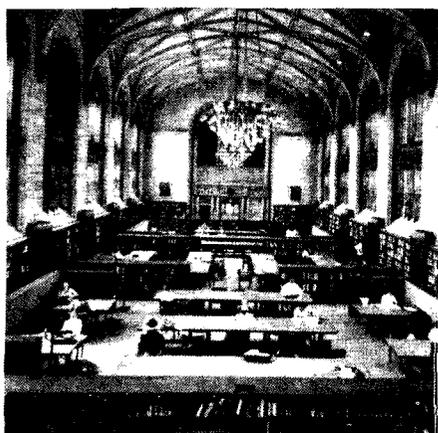
DIVULGADORES DE LA CIENCIA

Frente al desfase entre divulgación y avance científico es importante intensificar esfuerzos para que la primera crezca cualitativa y cuantitativamente. Muchos científicos se dedicaron a ella de manera brillante. Aquí, un homenaje a algunos de ellos.

- 38 Objetivos de la divulgación de la ciencia
Manuel Calvo H.
- 43 El rey de los divulgadores ha muerto
Peter Schenkel



APUNTES



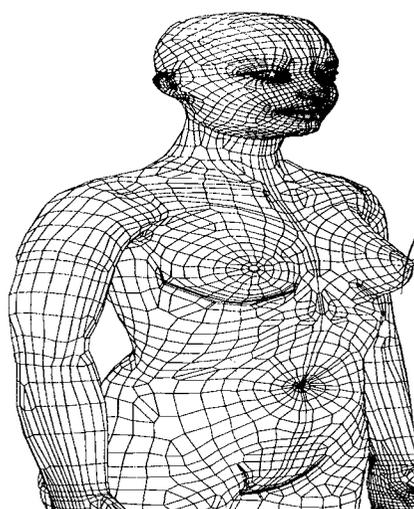
- 55 Educar y comunicar para la diferencia
Daniel Prieto C.
- 60 Murgas: El canto de barrio en barrio
Juan Eduardo Curuchet
- 64 Cuba: 75 años de radio
Ignacio Canel Bravo
- 68 Los libros no muerden. Una dieta
Christian Ferrer
- 73 Religiosidad catódica
Luis Ignacio Sierra G.

ENTREVISTA

- 76 Mattelart y la sociedad mediatizada
Martha Cecilia Ruiz
- 78 Román Gubern: la mirada alternativa en un "viaje de ida"
Stella Maris Poggian

NUEVAS TECNOLOGIAS

- 81 Telemática, mediación y sociedad
Artur Matuck



IDIOMA Y ESTILO

- 86 Una curiosa historia del "programa a cumplir"
Hernán Rodríguez Castelo
- 89 NOTICIAS
- 91 RESEÑAS

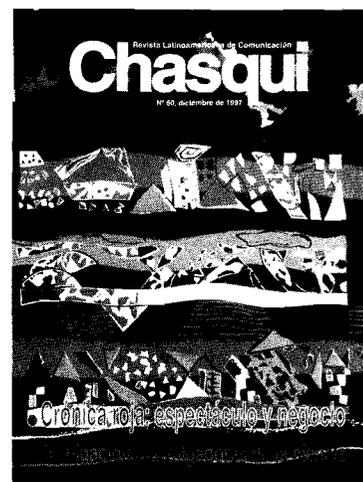


PORTADA Y CONTRAPORTADA

MIGUEL BETANCOURT

"Volando sobre un poncho".
Serigrafía 76 x 56 cm

"Ciudad que flota en la memoria"
Acuarela y carboncillo 105 x 75 cm.



Colombia: encrucijada de violencia sin color

En un país como Colombia, donde se mata tan rápido y la perfidia es normal, la reportería judicial ha quedado, con excepciones, en manos de mercachifles del periodismo de las morgues que han vulgarizado un género que agoniza en silencio por exceso de cadáveres. Estas son algunas de las opiniones que el autor nos plantea en este recorrido crítico y punzante de lo que ha sido y es la crónica policial en su país.



Timothy Pless, Inglaterra

Roja, amarilla o de cualquier color o calibre, la crónica en el periodismo colombiano guarda la memoria de un país donde se hizo costumbre cotidiana el homicidio. Por la chicha o el partido, antes del 9 de abril de 1948, y después del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, como eslabones de una maldición de cachiporros contra godos, chulavitas contra bandoleros, guerrilleros contra soldados, mafiosos contra rambos: un *maremagnum* de gente armada que terminó por saturar las páginas de diarios y revistas, y en las postrimerías

del siglo regatea su espacio en columnas sumarias. Un país de cronistas y cuenteros que volvió inofensivos a los duendes populares y olvidó a los maestros, porque después de El Bogotazo vinieron tantos cortes de franela, y se han acumulado desde entonces tantos hombres sin rastro, que la reportería judicial vino a quedar en manos de mercachifles del periodismo de las morgues. Reseña sucinta o registro numérico de genocidios o celadas, manipulación informativa de la tragedia ajena, y excepciones que sobreviven a la vulgarización de un género que agoniza en silencio por exceso de cadáveres.

Los dorados orígenes

Ahora son tiempos en que se recrea el dolor pero se desconocen los orígenes de la crónica judicial colombiana, cuando los desenlaces procesales acaparaban titulares, los crímenes formaban corrillos o se colocaba en expectativa periodística a medio país. Como el 20 de mayo de 1924, cuando Gaitán logró la absolución de los ocho acusados del in-

JORGE CARDONA ALZATE, colombiano. Periodista, editor judicial de *El Espectador*, catedrático de Periodismo Jurídico en la Universidad Javeriana. En el escrito existen algunos términos muy colombianos, sus significados están en el glosario al final del artículo.

chamamiento de Eva Pinzón, apodada La Ñapa, mujer acuchillada por una muchedumbre de féminas celosas y amantes despedados que rellenó su cadáver con piedras. O el caso de Teresita la descuartizada, propietaria de una cantina que apareció despedazada en un riachuelo de la vieja Bogotá, en la madrugada del 14 de noviembre de 1949. Un ex oficial italiano de la II Guerra resultó acusado, y en la audiencia que lo absolvió los cronistas hicieron su agosto, porque para albergar noveleros se hizo necesario alquilar el teatro Santa Bárbara, y se repartieron más de 250 boletas para asistir al juicio.

Días de periodistas ávidos de aventura y color para sus crónicas, que en materia judicial obligaba al reportero a convertirse en detective, perito de criminalística o ciencia forense o amanuense de estrado público con alma de sabueso: los hermanos Luis Alberto y Rafael Eslava del diario *El Siglo*, que desentrañaban expedientes en el trasluz de las copas de la resaca; Ismael Enrique Arenas desde las páginas de *El Tiempo*, que aplicó su rigor a cuanto homicida saltó al ruedo, y dos reporteros *sui géneris* en estilo y carácter: José Joaquín Jiménez, Ximénez, célebre por su reportería de suicidios en el Salto de Tequendama, donde los bolsillos de las víctimas apare-

cían con sus versos románticos que atribuyó a Rodrigo de Arce; y Felipe González Toledo, cronista estrella de *El Espectador* y *El Tiempo*, maestro de la reportería policiaca que entregó al periodismo 50 años de oficio. A Ximénez lo mató una pulmonía que contrajo en el Salto del Tequendama a los 31 años, y González Toledo se quedó hasta 1991 para aportar el testimonio de los sucesos judiciales memorables de Colombia.

La historia de Víctor Hugo Barragán Gaitán que mató a diestra y siniestra y se fugó dos veces, hasta que atrincherao con su hermano de 15 años rindió tributo a su condición facinerosa en balacera del 1º de mayo de 1957. O el record criminal de Santiago Ospina, joven de prestante familia que en un mes de cárcel se graduó de delincuente, asesinó al propietario del almacén "El Perro Lobo", integró una pandilla de atracadores que resultó diezmada, se fugó de la cárcel y viajó a Ecuador, en pocos días se dio al asalto y lo metieron preso en el penal García Moreno, se evadió en asunto de horas y marchó para Ambato, atacó una joyería y lo regresaron a Quito, y a los 24 años empezó a purgar su juventud en un pabellón de máxima seguridad. O el más avezado de los criminales del medio siglo XX en Colombia: Nepomuceno Matallana, un abogado fal-

so que asesinaba y sepultaba en parajes desolados a sus clientes, hasta que lo fulminó un ataque al corazón en la cárcel Modelo, no sin antes denunciar al cronista González por hurto de una fotografía de su mona Forero que apareció en *El Espectador*, y porque el periodista urgido de espacio le impuso el apodo que lo inmortalizó en prontuarios como el temible doctor Mata.

Sagas de rufianes de los años 50 que fueron superadas por el talión que se puso de moda en las áreas rurales, donde los bandoleros se enfrentaron a los pájaros, y arreciaron los verdugos noctámbulos. La muerte que se paseó en el Valle con El Cóndor, un vendedor de quesos que decidía la vida de los liberales en Tuluá; Sangrenegra, feroz asesino que acibilló por gusto en el Tolima hasta que resultó traicionado por su hermano; Chispas, huérfano de la violencia que resolvió matar conservadores en Quindío hasta que fue abatido en casa de su amante; Desquite, irracional homicida que segó la vida del maestro Ramón Cardona porque confundió su condición de director del Conservatorio de Música de Caldas con algún político del Partido Conservador; Pedro Brincos, Lamparilla, Charro Negro, Mariachis: una caterva de forajidos que se tomó el país a punta de bala, y dejó a los periódicos



Manuel Saldarriaga, Colombia

Colombia es un país donde se ha vulgarizado la reportería judicial por el exceso de cadáveres.

reseñando los pasos de La Chusma sin asomarse a sus entrañas, porque la violencia urbana comenzó a ofrecer historias que se multiplicaron los cronistas.

Se abrió paso el tiempo en que los reporteros merodeaban día y noche el Edificio Maizena, de la calle 11 con carrera 12, en Bogotá, porque entre el hervidero de noticias de jueces, citadores, litigantes o reos, era necesario pasarse por el bar "La Liga" a confirmar secretos sumariales. Entuertos para Aníbal Baena Sossa de *El Siglo*, que terminó arrestado por esconderse en un armario a escuchar una indagatoria; Pablo Augusto Torres, alma y nervio del tabloide *El Vespertino*, que hizo de la crónica roja una devoción popular; Guillermo García Guaje que terminó de conjuer y columnista después de muchas primicias; o Luis de Castro Rugeles, un singular personaje que con 75 octubres encima sigue vigente frente al computador, el crucigrama, la polla futbolera y el gaza-po. La generación que entró a hacerle la segunda al maestro González Toledo, registró la memoria judicial hasta los tiempos del horror con armadura de carteles, y encontró público de sobra para sus epopeyas de granujas.

"Un poquito más de glóbulos rojos"

El caso del apartamento 301, que derivó en el caso de La Gardenia Perfumada, ocurrido el 28 de julio de 1963, cuando apareció muerta Miriam Guerrero con un disparo en el corazón. Denuncia interpuesta por un apartamentero que cumplió su oficio pero denunció maravillado la belleza gélida de la occisa. Medio centenar de incriminados para una historia que se resistía a terminar. O la tragedia del farmacéuta Luis Guerrero, que el 7 de septiembre de 1970 se despidió con una paciente que asistió irregularmente con una careta de oxígeno, y cuando la vio muerta decidió diseccionarla y empacó sus restos en una maleta que apareció abandonada en la vía a La Calera. El asesino logró libertad condicional y se perdió en los vericuetos de la historia. En cambio, la noticia *Incinerao en la autopista*, publicada el 18 de noviembre de 1969, se convirtió en tema de interés público, y sorpresivo desenlace. El industrial Jaime Padilla Convers que fue asesinado por un presunto victimario muy excéntrico: su cuñado Gonza-

lo Carreño Nieto, cuyo Mercedes Benz ensangrentado fue la prueba reina que lo puso en la cárcel. Pero el ladino se fugó en una visita a su padre enfermo, fue recapturado por un equipo de 35 detectives y su abogado obró el milagro: resultó sobreseído en el expediente. Carreño sobrevivió al escándalo y se esfumó de la memoria colectiva, pero reapareció en 1981 en un atraco, dos años después le echaron mano por extorsionista, y en mayo de 1988 fraguó su mayor disparate: secuestró por once horas un avión comercial con una granada de juguete. Nadie recuerda cómo dejó el avión, pero el Ejército finiquitó su osadía cuando lo encontró escondido entre manglares cerca al aeropuerto de Cartagena.

Con casos parecidos o más complejos, o más insólitos que todos, existía evidente entusiasmo por la crónica roja. Como el del bandolero Efraín González que cayó abatido en Bogotá, enfrentando al Ejército y atrincherado en una casa céntrica, que conserva la placa recordatoria de un cobarde que murió enfrentando a 200 héroes: los periódicos capitalinos vendieron más de 100.000

ejemplares. Pero la gente comenzó a recibir tanta dosis de muerte por capricho de algunos medios lucrados del morbo mortuario, que en Barranquilla se formalizó un acuerdo de periodistas para bajarle el tono al crimen en micrófonos y linotipos. Como si los receptores de información comenzaran a prepararse para el hastío de sangre y dolor que trajo luego el narcoterrorismo. Porque cuando cayó el telón de los años 70, los carteles de la mafia estaban imbatibles; Colombia ya no tenía bandoleros sino alzados en armas; Tirofijo que andaba con Charro Negro repartiendo bala en el Tolima en los años 50, se había convertido en Manuel Marulanda Vélez, comandante de las FARC; el frenesí por la persecución a la pandilla de La Pesada se volvió un relato romántico frente a los excesos de Pablo Escobar Gaviria o Gonzalo Rodríguez Gacha. Y de la noticia que algunos directores reclamaban con "un poquito más de glóbulos rojos", y otros censuraban como producto de la "chacalización", solo quedó una remembranza de tiempos ahogados por la crónica roja de la vida real.



"Con las manos en la masa".

Janel Jiménez, Colombia

La vulgarización por exceso de cadáveres

Desde entonces hablar de crónica judicial en Colombia es aceptar que cada 24 horas aparece una masacre, un burrobomba o una mina antipersonal que no volvieron a recibir titular a seis columnas. El país se acostumbró a tolerar tanto a los violentos que el homicidio dejó de ser noticia. Si la alarma que provocó el triple asesinato de los niños Zuleika, Yidid y Xoiux Alvarez, en septiembre de 1982 por venganzas del narcotráfico no duró más de una semana, quedó el indicio de que el país estaba signado a estremecerse cuando se excediera el dolor. Sin embargo, es difícil que exista otra nación que en una década acumulara tanta tragedia digna de crónica: cuatro candidatos a la Presidencia de la República acribillados, un avión explotado en el aire con 111 inocentes a bordo, un millón por cabeza en la implacable cacería que desató Escobar Gaviria por cada policía, un municipio llamado Trujillo donde desaparecieron a 102 personas, el río Cauca se llenó de cadáveres, y hasta el cura del pueblo fue decapitado; o un Palacio de Justicia envuelto en llamas con más de 100 víctimas entre magistrados, soldados, guerrilleros y desaparecidos: no alcanzaría el espacio de este artículo para reseñar la barbarie que intimidó a la sociedad sin poder vencerla.

Rodríguez Gacha terminó abatido desde un helicóptero y rematado por si acaso, Escobar Gaviria muerto en un tejado con un disparo detrás de una oreja, otros extraditados, algunos presos, los demás en la metamorfosis de raspachines a chichipatos, o de mulas a traquetos. Narcotráfico que puso patas arriba a la sociedad colombiana, con la contribución de guerrilla y paramilitares, y el granito de arena del Ejército y la clase política, pero nunca contuvo el delirio de los reporteros que cambiaron permanentes y comisarías, por esquinas y veredas donde la violencia perdió su discreción y su color. Empezaron a matar tan rápido que la perfidia se hizo normal y la crónica roja se convirtió en crónica del conflicto armado, como la que empezó a ofrecer Alfredo Molano en obras como *Los años del tropel* o *Siguiendo el corte*; o Alonso Salazar en *No nacimos pa' semilla*, testimonios y raíces de guerra y de paz, el método que practicaba en Cimita-

Raymond Chandler

La muerte estaba en el gran cuarto. Dalmas fue hacia ella caminando suavemente, escuchando. Había una dura luz en sus ojos grises y el hueso de su mandíbula formaba una nítida línea aguda que parecía pálida contra el moreno de su piel.

Derek Walden estaba caído en el sillón marrón y oro. Tenía la boca levemente abierta. Había un agujero ennegrecido en su sien derecha, un tejido como de encaje de sangre se extendía a un lado de su cara y, a través del hueco de su pescuezo, hasta el cuello blando de la camisa. Su mano derecha colgaba sobre la tupida alfombra. Los dedos sostenían una pequeña pistola negra automática.

La luz del día empezaba a desvanecerse en el cuarto.

Dalmas quedó totalmente inmóvil y contempló largo rato a Derek Walden. No había ningún ruido. La brisa se había calmado y el toldo más allá de las puertas y ventanas estaba quieto.

Dalmas sacó un par de guantes de fina gamuza del bolsillo trasero izquierdo y se los puso. Se arrodilló en la alfombra junto a Walden y suavemente soltó el revólver del apretón de los dedos, que empezaban a ponerse tiesos. Era un 32, con mango de nogal, y de color negro. Lo hizo girar entre sus manos, examinándolo. Su boca se contrajo. El número del arma había sido borrado y la huella de la placa brillaba levemente contra el apagado color negro.

Dejó el revólver en la alfombra, se puso de pie y caminó lentamente hacia el teléfono que estaba en el extremo de la mesa del escritorio, junto a un recipiente chato de flores.

"Pasarse de listo", en Sangre española, Bruguera, 1980.

rra, Santander, la periodista Silvia Dussán cuando fue fusilada por paramilitares, las crónicas que buscaba Julio Daniel Chaparro en Segovia, Antioquia, cuando sicarios de la guerrilla lo abordaron en la Calle de la Reina. El costo de libertad que comenzó a pagarse en Colombia por haberse convertido en común de impunidad.

Claro está que nunca se ausentaron los casos de baranda. En un país donde la muerte comenzó a proliferar tan fácil en los gatillos como en los hospitales, junto a los violentólogos se mantuvieron en la línea de combate los reporteros judiciales y su horrible menú: el estudiante de medicina que drogado y borracho, un lunes de carnaval en 1984 en Barranquilla, asesinó a palo a una adolescente, su madre y su abuela, y hoy ejerce como empleado de la Alcaldía de la misma ciudad. O el sicópata que en diciembre de

1986 llegó una mañana a visitar a una amiga y terminó acuchillándola. Regresó a su apartamento y asesinó a su madre y le prendió fuego al cadáver. Después bajó las escaleras desde el cuarto piso timbrando en cada apartamento para matar a quemarropa. Salió a la calle caminando por la carrera séptima, recorrió siete cuadras e ingresó al restaurante Pozzeto, donde protagonizó su masacre personal de 16 víctimas, hasta que cayó abatido por un piquete de uniformados. El primer disparo de Campo Elías Delgado en el restaurante le estalló la cabeza a Jairo Gómez Remolina, un reportero judicial de múltiples batallas que no alcanzó a llegar a su libreta para contar el desenlace de un ex combatiente de Vietnam que con certera puntería expió su locura con sangre inocente.

La masacre de Pozzeto motivó muchas páginas y hasta estudios de crimi-

nalística o semiología, y de paso reactivó el interés por el relato judicial. Autores como Fernando Iriarte o Rodrigo Argüello pasaron completamente del periodismo a la novela negra, y prolifera desde entonces un renacer de la crónica roja con matices históricos. Y en trabajo de libros, como los aportados por Pedro Claver Téllez, quien recuperó la ruta criminal de Jacinto Cruz Usma apodado Sangrenegra, y restauró los enigmas de la guerra verde que se libró en Boyacá entre pistoleros alucinados por el destello esmeraldero; o Arturo Alape, quien a través de obras como *El Bogotazo* o *Tirifijo*, reconstruyó la historia como un suceso judicial. Hoy, un sinnúmero de autores esculcan las atrocidades de la mafia o los secretos de la reserva sumarial, porque a pesar de la fatiga de los occisos diarios, a la gente en Colombia parece fascinarle el teatro de la muerte. ¿Qué otra cosa puede hacerse si un día de febrero de 1992, en Barranquilla, un indigente denuncia a la Policía que en la Universidad Libre lo iban a matar a garrotazos, y se descubre a un grupo de celadores matarifes que había vendido diez cadáveres que consiguió a mano?

El ritmo del dolor exacerbado que en Colombia se reproduce tan rápido como los conejos. El episodio que laceró la conciencia del país ocurrido en la madrugada del 2 de julio de 1994, cuando un chofer soñoliento asesinó al futbolista de la selección de Colombia y el Atlético Nacional, Andrés Escobar, por discutir un autogol que eliminó al combinado nacional en USA'94. O el crimen de Elizabeth de Sarria, una mafiosa amiga del presidente Samper Pizano, que donó un anillo a la Primera Dama y apareció en

el narcoescándalo del caso 8.000 como la monita retrechera que el jefe de Estado se negó a visitar. Dicen que Elizabeth de Sarria practicaba brujería cuando el asesino tocó a la puerta de su apartamento, el 2 de febrero de 1996. Lo cierto es que desde entonces suelen aparecer piezas sueltas de un caso digno de Sherlock Holmes o Hércules Poirot, pero con joyeros, extraditados, hampones y mafiosos, pero sin condenados a la vista, como suele suceder en Colombia desde que se acuñó una fórmula retórica: rigurosa investigación para descargar justamente el peso de la ley.

Cruento destino de Colombia que no se merece. ¿Pero alguien puede responder por qué el mundo lo sabe y se queda callado? El mismo misterio que cobija a tantos negocios de baranda que nunca se resolvieron y retozan en sana impunidad. El precio de sobrevivir 24 horas más en un país donde circulan demasia-

das armas. Tantas que la crónica roja ya no sugiere arte sino artículo barato que se vende en kioscos de confites y pasatiempos. A buena hora el Nobel García Márquez escribió *Noticia de un secuestro* para probar que la tragedia nacional amerita la estética y el corazón de un escritor. De lo contrario, no se sabe qué diablos tocaría inventarse para morigerar los ánimos homicidas. Lo importante es que los reporteros y amanuenses de la guerra y la paz sigan proliferando, y el país se conscientice para repudiar a los violentos, para ver si es posible que una sociedad que extravió su capacidad de asombro reaccione, y deje de reseñarse tanto muerto sin historia. A ver si reaparecen los cronistas que no tragan entero porque filtraron en sus manos un girón de expediente, y si de una vez por todas, como lo anheló el pensador Darío Echandía, "es posible que algún día en Colombia se pueda volver a pescar de noche". ●

GLOSARIO

Cachiporro: militante del Partido Liberal.

Godó: militante del Partido Conservador.

Chulavita: como se denominaba a los miembros de la Policía durante los años 50.

Pájaro: asesino a sueldo en la violencia partidista de los años 50.

Corte de franela: práctica delincencial de los años 50 que consistía en degollar a la víctima y extraerle la lengua.

Raspachines: recolectores de hoja de coca.

Chichipatos: negociadores de la pasta de coca.

Mula: portadores de droga que suelen caer en los aeropuertos del mundo.

Traquetos: sicarios del narcotráfico.

ARENA journal

PO Box 18 - North Carlton -

Australia 30 54

Telephone: 61-3-4160232

Fax: 61-3-4151303

